

La noche eterna

Crónica por Ramón Pineda

La noche no es sólo ese tiempo que nace con la oscuridad de las siete p.m. Es un estado del cuerpo y del ocio que aquí comienza al mediodía en casinos, striptiseaderos, teatros pornos y cantinas

Las mujeres acompañadas de su pareja no pagan boleto. Y pescan el anzuelo. Se las ve entrar, más que abrazadas, aferradas a su hombre. No suelen hablar y en silencio cruzan la cortina y las escalas que separan el día de la noche. La luz de la pantalla, con sus gemidos y sus carnes desnudas, les da la bienvenida pero no es suficiente para ver dónde hay sillas vacías. Mientras el ojo se adapta a esa oscuridad, permanecen de pie, diciéndoles cosas al oído y mirando de reojo quién hay alrededor.



Y no están solos. A prudente distancia hay varios hombres, son cuatro, cinco, seis o tal vez más que también están de pie aparentemente mirando la pantalla. De vez en cuando la mirada tímida de ella se encuentra con la de uno de ellos e instintivamente recuesta su cabeza en la de su acompañante que puede ser su amante, su novio, su esposo o simplemente el hombre que conoció el día anterior en una fiesta.

Cuando el ojo ya les permite ver todo el teatro, deciden sentarse en las butacas que no tienen más espectadores cerca. Pero, poco a poco, uno por uno, los hombres que antes estaban de pie van llegando a sentarse en la sillas de adelante, atrás y a los lados derecho e izquierdo de ellos. La pareja se da cuenta y decide cambiarse de asiento, pero a donde van, cada vez con más disimulo, los sigue el mismo grupo de espectadores.

En muchas ocasiones la pareja de turno no se cambia de asientos y deciden quedarse ahí, abrazados o repitiendo por reflejo, tímida o abiertamente, lo que pasa en la pantalla, mientras a su lado solo se ven braguetas abiertas, manos que suben y bajan entre las piernas y cabezas inclinadas hacia ellos tratando de no perderse un solo movimiento del espectáculo improvisado que ya no está al frente en las películas porno italianas de los ochenta y comienzo de los noventa.

La historia se repite todos los días en el Radiocity, uno de los cinco teatros porno que tiene Medellín. Al grupo de *cazadores*, –fisgones de parejas heterosexuales–, se les puede ver dando vueltas en el *hall* de la sala de espera a que llegue la acción. Tienen paciencia. No siempre los amantes que entran están dispuestos a dejarse mirar. Tienen mucha paciencia. Pero a veces se ve recompensada cuando ella y él son liberales, exhibicionistas, que hacen su pequeña escena porno en vivo e incluso permiten que otros participen. Y a veces no tienen paciencia, entonces uno de ellos decide levantarse una prostituta en la calle para compartirla en la oscuridad de la sala con sus compañeros.

El grupo de *cazadores* siempre es el mismo. De tanto verse ya son amigos, de tanto verse ya tienen estrategias y normas de comportamiento para que la pareja de turno no se asuste. A los que van llegando nuevos al juego les van enseñando que no hay que mostrar ansiedad, que no hay que acostarse, que no hay que correr de una a sentarse, que quienes se sientan a los costados deben por lo menos dejar una butaca vacía a lado y lado de donde está la pareja.

Cuando no hay nada que ver en el Radiocity, los fisgones se van para el Sinfonía, el teatro porno más antiguo de Medellín, al que también entran ocasionalmente parejas y mujeres solas, una rareza que casi no se ve en las otras tres salas porno de la ciudad: el Metrocine, el Capitol y el Villanueva cuyos espectadores son hombres solos que van a ver la película, a buscar sexo con los otros hombres o en algunos casos –en el que queda en Bolívar con San Juan– a pegarse una traba al son de los gemidos incesantes.

Las salas porno de Medellín abren a las once de la mañana. Dos de ellas cierran a las 10 p.m. Las otras tres a las 8 p.m. Desde que comienza la función hay espectadores que al contrario de lo que podría pensarse no son desempleados sino estudiantes, trabajadores independientes, pensionados, oficinistas escapados y gente que tiene oficios nocturnos. Para los asistentes la hora es lo de menos, adentro siempre es de noche, no importa que sea el mediodía. No sólo porque sea un espacio oscuro, sino porque es un territorio en el que no se vive el acelerar diurno, en el que el cuerpo y la mente se relajan para dejarse llevar por los instintos.

En una ciudad en la que por decreto la noche debe acabarse a las dos de la mañana, la gente ha reinventado esa palabra que en su origen griego está encarnada en la diosa Nyx, la hija de Hypnos que es el sueño y de Thanatos, la muerte. La ha reinventado para vivirla a pleno sol, tras las taquillas de los teatros pornos, tras las puertas de los casinos, de los sitios de striptease, de las salas de masajes, de los billares, de los saunas y de los bares de Cundinamarca, de Tenerife y de Tejelo.

Sexo, juego y licor. Juntos o separados esa es la trilogía del placer que acompaña a estos lugares de la noche diurna que en Medellín está a unos pasos del Metro, del Coltejer, del Museo de Antioquia, de la Catedral Metropolitana, a unos pasos de todo eso que representa el empuje paisa. En ellos la orden de trabajar, trabajar y trabajar se transforma en gozar, gozar y gozar... del trago, de las caricias, de la conversación, de la suerte, del bailar y del mirar.

“Solo peluches, solo peluches, bienvenido amigo, estamos en *show*, solo peluches...” El muchacho, a veces de uniforme negro y blanco que incluye corbatín, a veces de uniforme verde y rojo y a veces como salió de la casa, hace la invitación a los hombres que pasan por la calle. Son las dos de la tarde y el volante que acompaña el grito de “solo peluches” dice que hay hermosas chicas, o colegialas, con baños de espuma, con lucha en el barro, con rifas de amor que incluyen media de aguardiente y chica entera, con *show lesbi* y con la hora de las traviesas en la que un cliente escogido puede subir al escenario para hacer suya a la muchacha delante de todos.

Eso pasa en los striptiseaderos que de un momento a otro se tomaron a Medellín. Se llaman *Las conejitas*, *Las gatas*, *Las abejitas*. O *El Tony's*, *El Óscar*; *El Madonna's*. O *Sonoraza*, *Panorama show*, *Metropol Show*, *El Occidental*. O en casos más explícitos o más ambiguos también existe *Belleza Latina*, *El deportista*, *El jay alay* y *La barra ejecutiva*. Con su presencia, estos sitios forrados en espejos, en mármol, en luces rojas y azules le robaron clientela a las salas X.

Si para los jóvenes de antes, tener 18 años era la oportunidad de entrar a un teatro porno, para los de ahora es meterse en un *striptiseadero*. Por eso es normal ver a cualquier hora del día grupos de muchachos ocupando las mesas alrededor de la pasarela en la que mujeres de todos los tamaños y colores se quitan lentamente la ropa al ritmo de un trance, de Thalía y de Air Suply.

Si no quieren, ellas no tienen que llegar hasta la cama con los clientes que no tienen problema en echarse una canita al aire a las cuatro de la tarde mientras la novia, la esposa, los hijos o la mamá lo imaginan en el trabajo, estudiando o haciendo una vuelta en el centro. Ellas bailan y se desnudan en público, mientras otras,

las de Tejelo y Tenerife se insinúan a plena luz del día para lograr atrapar a alguien que las invite a cualquiera de las docenas de moteles que hay en ese sector.

Y es que si en algún lugar de Medellín se sienten las noches eternas es en esta zona aledaña al Museo de Antioquia. *La Red, el Raudal No 3, el Atlético Nacional*, entre muchos otros, son bares en los que a cualquier hora del día está sonando un vallenato, un Darío Gómez, un Vicente Fernández, un Óscar Agudelo. Las meseras atienden a los borrachos como si fueran las dos de la mañana mientras en la calle revolotean las putas, al lado de *Los convivir* y de los compradores en los negocios de carnes, de legumbres y de muebles de la zona.

En medio de esa oscuridad diurna de las cantinas de Tejelo, se destaca *El Titanic*. A la entrada decenas de muchachas hablan entre sí, como descansando de la estresante búsqueda de clientes. Y adentro solo hay hombres, unos entran, otros salen, y a cualquier hora del día está lleno. Poco se mezclan con las damiselas que afuera forman como una fachada, una cortina de labios rojos, escotes, encajes o descaderados, mientras adentro ellos hablan de la vida, de los negocios, de los triunfos, de las cuentas pendientes, de cómo sobrevivir en esta Medellín tan exigente.

A unos pasos de *El Titanic* y de las chicas llama la atención un pequeño casino que no tiene un nombre distinto a ese: *Casino*. Sin requisas, sin celador, se puede entrar a jugar en los pagamonedas. Un viernes a las dos de la tarde hay que hacer fila y esperar que alguien desocupe una. Las luces de neón, la oscuridad, el sonido de las monedas y la música le dan un eterno ambiente de fiesta a esta otra noche diurna que a diferencia de la de los bares, los porno y los *striptease* tiene entre sus clientes a muchas mujeres.

El ambiente del *Casino* de Tejelo contrasta con los lujos y las restricciones de seguridad de casinos como Caribe, Royal, Habana. Pero tienen algo en común, en ninguna de sus paredes hay relojes: es el tiempo sin tiempo de los casinos frecuentado por amas de casa, mayores de cincuenta, empresarios de todos los estratos y jóvenes que saben que “perder y perder es comenzar a ganar”. Aquí no hay sexo, no hay licor, pero sí cuerpos relajados y mentes esperanzadas en que su ocio produzca ganancias en una ciudad que como Medellín se vanagloria de tener la gente más trabajadora de Colombia, pero que ni siquiera de día puede resistirse al eterno encanto de la noche.

Desnudarse en Medellín

Por José Gregorio Henríquez

El *striptease* es una manifestación que ya germinaba en Medellín en la época de esplendor del prestigioso barrio El Prado, sitio de la vivienda de los más prestantes miembros de la sociedad, quienes en medio de sus fiestas fastuosas en las grandes fincas en las afueras de la ciudad, no tenían ningún problema en llegar a grandes excesos. Muchos fueron testigos de la excomunión pública lanzada desde los púlpitos a dos distinguidos hijos de una familia prestantes por haber organizado una fiesta en su finca, por allá en la década del cincuenta, a la cual asistió la cantante Tita Duval, quien salió de un ataúd envuelta en velos que se iba quitando hasta quedar desnuda.

Tampoco era un secreto, varias décadas atrás, las diversiones de varios jóvenes pertenecientes a una familia reconocida, en las que el ingrediente principal era desnudar a las mujeres acompañantes de las caravanas que armaban hasta Girardota, “...les iban quitando la ropa a las mujeres y las iban tirando a la carretera”, cuenta una pariente de los jóvenes en cuestión. Estos son solo dos ejemplos del comportamiento de una sociedad que siempre ha estado cercana al desnudo, aunque lo persiga y lo critique.

Hace ya varias décadas hizo su aparición en nuestra ciudad el *show de striptease* como toda una novedad, como la oportunidad de ver y comer visualmente, de satisfacer algunos impulsos y terminar convirtiendo en verdaderas diosas a las bailarinas eróticas.

No podemos afirmar que las *striptiseras* sean prostitutas: realmente las podríamos definir como la sobrevivencia de esas mujeres que ejercían una especie de religión o culto en el que la danza elevaba los sentidos; si buscáramos más a profundidad, podríamos encontrar sus raíces en la antigua Grecia en el ditirambo, danza ejecutada durante las fiestas primaverales en honor a Dioniso. También se conocían las danzas extáticas de las ménades o la danza de Salomé ante Herodes. El historiador Procopio describía cómo la esposa del emperador Justiniano, Teodora, era bailarina en el teatro público de Constantinopla, y como unas ocas acudían a picotear semillas de sus partes íntimas ante un público de miles de ciudadanos.

Los espacios en los cuales se lleva a cabo el *striptease* juegan con colores y con formas, con luces, espejos, creando la sensación de una noche a cualquier hora del día.

“Aquí tomándome una licencia”, diría que son los espacios de la “noche diurna”, que es el efecto que se logra con la ambientación propuesta. La noche es lo prohibido, lo oscuro, lo oculto y todo lo que se hace en ella está relacionado con el pecado; y el pecado aquí está relacionado con el hecho de “perder tiempo”, de visitar estos espacios y “hacer nada” o sea realizar una actividad improductiva, relacionada con el ocio. Pero la noche también permite ciertas licencias en las cuales hasta los más creyentes actúan como si Dios se hubiese ido a dormir y es por esto que se dan transformaciones en los individuos aprovechando la semipenumbra.

El *night club* brinda la posibilidad de escaparse en medio de la tarde calurosa y meterse en otro mundo, escabullirse del bullicio citadino y hundirse en el bullicio festivo; esto también les daría un sentido subversivo: el permanecer de fiesta todo el año de dos de la tarde a dos de la mañana. Eso los hace necesarios en el escenario urbano, con sus luces de neón, su música y sus mujeres exuberantes, vírgenes de medianoche a pleno sol.

JOSÉ GREGORIO HENRÍQUEZ. Estudioso de la muerte
y profesor de Antropología Universidad de Antioquia

Julio de 2004

**El que nace pobre y feo tiene grandes posibilidades de que al
crecer se le desarrollen**